

DE ARRIBADA

BERNARDO VÍCTOR CARANDE

La verdad es que me llevé una gran alegría el día que me enteré de que me habían concedido el Premio Cáceres de Novela Corta 1982. Ello fue en 1983, y por el periódico, que yo no he tenido teléfono hasta mucho después y el móvil que tengo ahora, dada la cobertura, poca, tiene un uso relativo. El periódico lo recogí en el pueblo en el lugar de costumbre, un comercio, el del inolvidable Alonso García Carmona, donde me dejaban el correo y la prensa. Abrí el periódico y allí estaba yo, con mi gorra campesina y todo. Con ello me llegó la ufanidad pues era el primer premio literario importante que recibía. Con anterioridad solamente había alcanzado la posición de finalista (terceros o cuartos puestos) del Nadal, significando ello la publicación de alguna que otra novela.

Pasó el tiempo y no recibía de Cáceres, del Brocense, comunicación alguna. Creo que entonces llamé por teléfono (desde la cabina o el de Alonso García) a la Institución y logré hablar con Sánchez Pascual, al que no conocía. Sí, se estaba en ello, pero siguió pasando el tiempo. Otro día me encontré en una página publicitaria que se daba el premio como entregado (quinientas mil pesetas), cuadrando el presupuesto, y como no era cierto, volví a telefonar. La Prensa se enteró y se tramó un cierto escándalo, sin que llegara la sangre al río. Por aquellas fechas se realizaba la transferencia de poderes políticos, ganadas las elecciones por el PSOE, y ello retrasó un tanto la entrega del premio que al fin se efectuó, de manos de Romano García, sucesor de Sánchez Pascual. A Romano lo recordaba de *Índice*, la revista de Juan Fernández Figueroa, y lo iba a tratar más tarde como director de la *Revista de Extremadura*, donde colaboraría alguna que otra vez. Nos unía un cierto y algo trasnochado acaso amor por la figura, tan paisana y patética, de Manuel Azaña. A Sánchez

Pascual lo conocería pronto y bien, pues el futuro extremeño nos depa-
raba una tarea común.

De arribada es en realidad una parte, una serie de capítulos, de mi novela, para entonces y para ahora inédita, *La condesa*: sus capítulos nº 1, 5, 9, 13, 17, 21, 25, 29, 33 y 35. Una novela un tanto mamotrética, ambientada en la primera mitad del siglo XIX. Una serie de personajes confluyentes (uno de ellos el almirante protagonista de *De arribada*) en la señora, mentada y añorada figura de una condesa. Es novela carente de nombres propios o locativos, dándose, eso sí, fechas que pautan la acción. Curiosa obra que, ya lo he contado en alguna parte, a la vez que la escribía la corregía mi padre, tanto, que se puede hablar de dos *condesas* a la vez, por lo que puede darse el caso –no desconfío de nada– que se publique, a su día, doblemente volumétrica.

También se da el caso que a este premio, y a los demás que se me han concedido, concurrí bajo mi nombre y apellidos y no plica, lo que puede explicar mi poca simpatía por ese otro sistema de concurso. Cuando a algunos concursantes de categoría, van y le dan el premio concursando bajo plica, yo me río. Ello igualmente puede explicar mi escasa simpatía a ser jurado de tal guisa e, igualmente, cuando alguna vez lo soy, el que exija que todos los ejemplares a concurso pasen por mis manos, pues no entiendo como un miembro de tal jurado puede aceptar juicio previo y anónimo anterior. Así sucedió en el último que estuve (Ánfora Nova de Rute, de Poesía) y que exigiese conocer los ciento y pico textos concursantes al mismo.

Puede ser también que este grato premio Cáceres de Novela Corta recibido animase a mis colegas paisanos (todos queridos) a nominarme, en una reunión celebrada en Cáceres poco después, de la Asociación Colegial de Escritores de España, en busca de su sección extremeña, como posible presidente. Cosa que más tarde se confirmó en otra celebrada en Mérida. En aquella inicial conocí, traté y admiré, a Ángel Sánchez Pascual. De todo esto nació, tras otra serie de avatares, una inolvidable asamblea celebrada en el templo desamortizado que incluye el Parador Nacional de Mérida, donde los escritores convocados decidieron emanciparse de la Colegial y declararse independientes. Posiblemente la primera vez que la nación extremeña (ahora que tan de moda está el tema) se encontró a sí misma. Fue el 1 de diciembre de 1984. Asistieron José Alba, Jaime Álvarez Buiza, Carmelo Arribas, Eduardo Barajas, Manuel Calderón, Ángel Campos Pámpano, Moisés Cayetano Rosado, Esteban Cortijo, Francisco Croche de Acuña, Jesús García Calderón, Juan García Gutiérrez, Antonio Gómez, Manuel Vicente González, Gregorio González

Perlado, Rosa María Lencero, Fernando León, Pedro de Lorenzo, Elías Moro, Antonio Pacheco, Manuel Pacheco, Angel Sánchez Pascual, José M.^a Ródenas Pallarés, Aurelio Velasco, José Antonio Zambrano y servidor. Por carta o de palabra se adhirieron Eva Callejo, Pureza Canelo, Jesús Delgado Valhondo, José Antonio García Blázquez, Norberto López García, Soledad López Lago, Luis Martínez Terrón, Vicente Hernández Ponciano, Arsenio Muñoz de la Peña, Pablo Nogales y Juan Antonio Pérez Mateos. Con un total de 35 votos partidarios de la independencia y 2 en blanco. Quedaba así libremente constituida la Asociación de Escritores Extremeños con el siguiente y primer comité ejecutivo: Secretario, Ángel Sánchez Pascual; Tesorero, Moisés Cayetano Rosado; Vocales, Manuel Pecellín y Gregorio González Periado, y de Presidente, yo.

Fueron años de indudable entusiasmo asociativo y de defensa de las letras extremeñas, y puede ser que en algo, si no en mucho, animase a ello este preciado premio literario.

Como colofón de este escrito quiero traer a colación aquí un capítulo, otro, de aquella novela, de aquella condesa que sigue siendo aún un tanto guía de mi aliento literario (pese a haber publicado ya treinta otros libros) y que también sigue inédito. Su capítulo 12, que aclaro, pues en el texto no se dice pero cualquier lector atento identificaría, sucede en ese hermoso pueblo, estandarte fraterno de todo extremeño que se precie, que es Marvão.